

FRANCISCO J. QUEVEDO: *Regreso a La isla y los demonios de Carmen Laforet*, Valencia: Aduana Vieja, 2012, 176 pp. ISBN978-84-96846-64-7.

Quizá una de las primeras conclusiones que se extraigan de este estudio del profesor Quevedo sobre la segunda de las entregas narrativas de Carmen Laforet, sea la de que es el fruto no solo del empeño lector de un académico, sino también del esfuerzo de un creador. Marcel Proust sostenía que para leer bien a un poeta o a un prosista, es preciso ser uno mismo no erudito, sino poeta o prosista, y Francisco J. Quevedo practica las dos actividades de investigador y de creador desde hace ya bastante tiempo con un rigor y un acierto que no podemos dejar de reconocerle.

Las 176 páginas que dedica ahora a diseccionar *La isla y los demonios* se leen con el atractivo de descubrir de nuevo el segundo intento fabulador de la gran ganadora de la primera convocatoria (1944) del Premio Nadal, con su proverbial, e imprescindible para la historia de la novela de la posguerra española, *Nada* (tres ediciones el mismo año de su publicación: 1945). En concreto para esa franja tan estrecha de la historia de la novela española en la que Miguel Delibes incluye la *Nada* de Laforet, *La familia de Pascual Duarte* (1942), de Camilo José Cela, y *Mariona Rebull* (1943), de Ignacio Agustí.

Algunos historiadores de esa narrativa española a la que pertenecen estas dos obras aludidas de Laforet: José María Martínez Cachero, Santos Sanz Villanueva y Domingo Ynduráin, sostienen que *La isla y los demonios* viene a ser «algo así como la primera parte o la parte anterior de la vida de Andrea», la protagonista de *Nada*, y no dejan de llevar razón. De tal argumento parte el estudio de Francisco J. Quevedo sobre *La isla y los demonios*, con la ventaja de la condición de ciudadano de Gran Canaria del crítico que ahora se ocupa de explicarnos lo que Laforet intentó en su segunda incursión narrativa.

*Regreso a La isla y los demonios de Carmen Laforet* es un estudio en profundidad, en cuanto a las fuentes críticas manejadas y a los objetivos perseguidos por su autor, de lo que Laforet pretendió con su novela. Es decir, no es un ensayo de interpretación más, que se desentiende de lo ya aportado por otros investigadores al desciframiento del esfuerzo de la autora novel de

*Nada*. Francisco J. Quevedo ha revisado toda la bibliografía dedicada a *La isla y los demonios* y la ha entereado con sabiduría en el acercamiento que él ahora intenta.

El libro de Quevedo sobre Laforet consta de una *Introducción*, donde se nos trasladan con suma claridad las intenciones críticas del trabajo. En primer y destacado lugar, «la fuerte expectativa» que la segunda novela de Laforet había despertado en el público lector y, especialmente, en el mundo de los publicistas y académicos dedicados a estudiar la novela española escrita después de 1939. Los siete años de silencio editorial que transcurren desde el éxito de *Nada* en 1945 hasta la aparición de *La isla y los demonios*, en 1952, alentaron no poca morbosidad acerca de lo que sería o no sería capaz de hacer la autora premiada en el primer Nadal. Esos siete años, también acumularon los temores de la novelista que de nuevo tenía que presentarse ante su público para demostrar que su obra temprana no era producto del puro azar o de musas adventicias.

Tras la citada *Introducción*, el profesor Quevedo aborda en tres capítulos de dimensiones no coincidentes el acercamiento a la obra que se propone darnos a conocer.

En el primero de esos capítulos, «Un libro obligado», Quevedo nos detalla los pormenores de la vida de la Carmen Laforet tras la obtención del Nadal y la publicación de *La isla y los demonios*. Su matrimonio con el escritor y crítico Manuel Cereales en 1946, el nacimiento de sus tres primeros hijos y las consiguientes responsabilidades familiares emanadas de aquellas circunstancias, nada favorables para la práctica de la creación literaria de la que Laforet había disfrutado durante los años anteriores a *Nada*. A pesar de todo, la Carmen Laforet considerada, en virtud de su primera obra, en casi una clásica de la novela española de aquellos años, saca tiempo de sus responsabilidades maternas y fragua esa segunda entrega con Marta Camino como protagonista, un *alter ego* evidente no solo de la autora sino hasta de la misma Andrea, la narradora única del relato y el personaje central de *Nada*, lo que, como ya dijimos, ha llevado a la crítica a concebir a estas dos obras como una primera y una segunda parte de la misma historia personal de su autora, aunque dispuestas en una cronología invertida. A lo largo

de esos años que van desde 1945 a 1952, la libertad, la soledad y la inalterable pasión literaria, se imponen en una Carmen Laforet convertida, de buenas a primeras, en esposa, en madre de familia numerosa y en ama de casa obligada.

El segundo capítulo del libro de Quevedo, «Adiós a la isla», es quizá el que aporta novedades menos esperadas, pues, como ya advertimos, la condición de gran canario de Quevedo le concede ventajas indiscutibles al evaluar lo que esa isla en concreto, con sus paisajes, sus costumbres, su cultura, su historia y su modo de ser particular, influyó en una Carmen Laforet llegada a ese espacio atlántico a sus dos años de edad (en 1923) y alejada de él un día antes de cumplir los dieciocho (en 1939). Infancia, adolescencia, primera juventud, serán etapas decisivas para la vida de una autora que rinde homenaje en su *La isla y los demonios* al escenario donde comenzó su aprendizaje del mundo. En sus dieciséis años de estancia insular, Laforet perderá a su madre, en 1934, y se transformará en una huérfana como lo serán sus heroínas en *Nada* y en *La isla y los demonios*. Como sus otros dos hermanos, sufrirá el desprecio de una madrastra y el desapego de un padre cada vez más ajeno, y terminará por propiciar una huida necesaria de la isla pese al amor que siente por lo que ella misma llama la «fuerza creadora» de esa tierra oceánica. La voluntad primera de rendir un homenaje a un espacio real en el que se ha vivido, la Gran Canaria de sus dieciséis años de residencia, se ve superada en *La isla y los demonios* por la irrevocable vocación narrativa de Carmen Laforet, por el esfuerzo creador de la novelista que llevaba dentro, ese afán por esgrimir personajes que todo narrador de verdad nunca puede evitar.

La Marta Camino de *La isla y los demonios* está muy lejos de ser una mera excusa para celebrar una geografía (un territorio singular, unos mitos, unas leyendas; en el peor de los casos: una simple postal turística...) y termina por alcanzar el rango de una criatura con alma que se enfrenta a un entorno familiar y extrafamiliar que van modelándola como un ser humano en el que el descreimiento en general y la poca fe en la conquista y el disfrute de la libertad personal de la joven se imponen a la felicidad de la niña que ha dejado ya de serlo. Marta Camino es una

muchacha huérfana de padre y con una madre que sufre una enfermedad mental. Marta vive bajo la protección de un hermanastro, José, y de la esposa de este, Pino, con la que Marta no logra entenderse. Esos son, en síntesis, *los demonios* que tendrá que sortear la protagonista. Como señala Juan Luis Alborg, y Quevedo recoge con oportunidad en sus páginas, «la Marta de *La isla y los demonios* tiene también, evidentemente, que enfrentarse con el mundo y las gentes que le rodean, pero su participación es muy activa: es su inquietud la que provoca los acontecimientos, la que azuza las reacciones de los demás y desata buena parte de la peripecia novelesca».

El tercero y más ambicioso de los capítulos del estudio de Francisco J. Quevedo sobre la Laforet responsable de *La isla y los demonios* está subdividido en siete apartados, que van ocupándose sucesivamente de la «Presentación de la isla», de «El mar constante: retención y fuga», de «Otra perspectiva del agua» en la personalidad de Marta Camino, de «La implicación telúrica de Carmen Laforet», de «Los elementos mágicos y [el] aislamiento en *La isla y los demonios*», de «Los escritos de Marta», y de «... el habla y otros componentes culturales» en la segunda de las novelas de nuestra autora.

A lo largo de estos siete apartados, queda de manifiesto una vez más que *La isla y los demonios* no solo ha nacido como un ejercicio de conocimiento del espacio insular, sino como un ejercicio de conocimiento de la condición humana sin más, como un ejercicio de conocimiento de las limitaciones que la moral colectiva dicta a la libertad personal y como el hallazgo del sufrimiento de la doble o triple orfandad padecida por Marta: huérfana de padre, hija de una mujer enajenada y ausente y hermanastro de un hombre que la ignora. Si la Andrea de *Nada* asiste en Barcelona y Madrid a la revelación del derrumbe de una manera de vivir tras la guerra padecida por toda una sociedad, la Marta de *La isla y los demonios* descubre en Gran Canaria los palos que la vida le atraviesa en la rueda de su maduración personal, y, en el entretanto, solo apreciará ráfagas de los efectos colaterales de la contienda bélica de marras, con la llegada de algunos familiares rebotados de la Península y con la marcha al frente de Sixto, uno de los muchachos deslumbrados por nuestra protagonista.

La Andrea de *Nada* es víctima y, sobre todo, describe las dolorosas consecuencias de la historia de un pueblo derrotado a sí mismo en su enfrentamiento fratricida; la Marta de *La isla y los demonios* es víctima de una historia primordialmente personal. Esta distinción tan sustancial es subrayada por Quevedo con palabras muy certeras: «No, Laforet es escritora y no olvida nunca que *La isla y los demonios* es ante todo una novela, en la que sobresale el espacio insular en el que se desarrolla la trama, pero sin perder la perspectiva de que ese espacio va a ser el marco de referencia de sus personajes, los protagonistas de la obra». En esa sutil precaución de la narradora tal vez radique la soberanía alcanzada por *La isla y los demonios* frente a su obligado referente *Nada*, y la superación de la difícil reválida que críticos y lectores le habían impuesto a la segunda entrega de la primera ganadora del Nadal.

Los personajes de *La isla y los demonios* son conciencias que se abren al mundo, lo experimentan en un espacio determinado, lo sufren y lo gozan, y nos dan ejemplos imperecederos de cómo cada mujer y cada hombre enfrenta

su existencia desde coordenadas que solo ellos irán descubriendo en el discurrir del tiempo y a través de sus propios lenguajes, proferidos o interiorizados.

Francisco J. Quevedo ha devuelto una vez más a *La isla y los demonios* el digno lugar que, por méritos propios, le corresponde dentro de la no demasiado extensa producción narrativa de la autora, y en especial en la rivalidad evidente que esa novela siempre mantuvo con su predecesora en el currículum de Laforet. La bibliografía manejada por Quevedo para tal objetivo es completa y las citas —algunas con una extensión no demasiado canónica, pero siempre dilucidadora— de los trabajos de los hijos de Carmen Laforet, Agustín y Cristina Cerezales Laforet, nos suministran claves imprescindibles para acercarnos a la creadora que casi siempre fabuló a través de la mera existencia propia. ¿Cuántos novelistas no han obrado así y nos han legado testimonios insustituibles de la academia de la vida, de conductas que han modificado nuestra manera de pensar y de andar por el mundo?

Juan-Manuel GARCÍA RAMOS

